

Auge y desaparición de las grandes civilizaciones americanas. La vision de Jacques Soustelle

Rise and disappearance of the great american civilizations.
The vision of Jacques Soustelle

EDGAR SAMUEL MORALES SALES

Recibido: 16/10/2021

Aceptado: 10/12/2021

Resumen

En este trabajo se revisa, la vida y obras de Jacques Soustelle, en especial los grandes conocimientos que aportó sobre las civilizaciones y culturas de Mesoamérica.

Palabras clave: Jacques Soustelle, cultura, Mesoamérica

Abstract

This paper reviews the life and works of Jacques Soustelle, especially the great knowledge he contributed on the civilizations and cultures of Mesoamerica.

Keywords: Jacques Soustelle, culture, Mesoamérica

La pregunta puede aparecer simple, pero es realmente complicada. ¿Por qué las grandes civilizaciones, en todo el mundo, tienen un gran desarrollo y desaparecen en el curso de los siglos? ¿Qué factores propician su desenvolvimiento y su posterior desaparición? Cuando pensamos en las grandes civilizaciones de Mesopotamia, Persia, de Egipto o de Angkor Wat, en el sudeste asiático, con sus enormes construcciones, con su adaptación a los diferentes ambientes geográficos no podemos sino asombrarnos. En la Historia, la gran civilización romana se explica por su profundo sentido colonialista y expansionista. La región latina produjo una cultura que recuperó lo más selecto de la cultura griega y se adueñó del Medio Oriente, del Mediterráneo y de enormes territorios de Europa.

Para muchos autores de ciencias sociales y humanidades clásicas. La vida cultural es asombrosamente parecida a la vida del hombre; nacen, crecen, se desarrollan y cuando han vivido mucho tiempo tienden a hacerse obsoletas. Tal como se define a los ancianos; ya no están a ritmo con los tiempos; se vuelven inútiles y dejan de aportar novedades. Por supuesto es una idea errónea. En las culturas asiáticas los ancianos son fuente de experiencia y de sabiduría. En muchas culturas occidentales, los ancianos son improductivos, estorbos y despreciables.

Para algunos observadores, las grandes civilizaciones siguen una línea siempre ascendente hasta que llegan a una “mayoría de edad” en la que no ofrecen mayores

expectativas y por ello viene su caída vertical en el curso de solamente algunos años. Marx sugería que el desarrollo de grandes culturas no se produce de manera vertical, sería, más bien, en forma de espiral ascendente, por ello, se reproducen hechos y acontecimientos vividos ya en etapas anteriores. Claude Levi-Strauss consideraba que el desarrollo de la vida social no tiene cortes súbitos y borrones para iniciar una nueva etapa. Por el contrario, muchas instituciones, valores, costumbres, hábitos colectivos y formas de pensamiento subsisten en el tiempo y en los diferentes grupos sociales. El llamado “desarrollo” social se realiza como en un tejado: por capas, por estratos, en donde muchas formas culturales subsisten; se apoyan y complementan.

En el caso de las grandes civilizaciones y culturas americanas se observa una situación semejante. En Mesoamérica tuvimos culturas que ejercieron una gran influencia en los grupos sociales de toda la región, pero sólo dejaron rastros difíciles de identificar. Nadie sabe cómo sonaba la lengua de los llamados “olmecas”, pero esta es una expresión del náhuatl, la lengua que practicaban los toltecas y los antiguos mexicanos y que significa: habitante del país del hule. Las lenguas mayenses tenían diferencias significativas, según fuera la región que habitaban, pero la cultura maya clásica se había extinguido a la llegada de los conquistadores españoles del siglo XVI. Conocieron a los mayas que habían regresado a la vida aldeana, a la vida simple e incapaces de leer y escribir su propia lengua. Como decía el gran conocedor de las culturas americanas, Jacques Soustelle, conocieron

sólo a los mayas decadentes. Lo que no significa que la gran civilización maya hubiere dejado herencias culturales que hoy siguen asombrando al mundo. Su arquitectura, su ingeniería hidráulica, su exacta cuenta del tiempo, sus logros en las matemáticas, su conocimiento sobre astronomía, sus enormes ciudades, siguen asombrando al mundo.

Por ello quisiera detenerme en la vida y las obras de Jacques Soustelle, que aportó grandes conocimientos sobre las civilizaciones y culturas de Mesoamérica. Jacques Soustelle nació en Montpellier, Francia, en 1912. Estudió inicialmente Filología y Filosofía y desde muy joven comenzó una vida académica intensa que más tarde lo llevaría al campo de las disciplinas antropológicas. En 1983 fue designado miembro de la Academia Francesa, institución que reúne a los intelectuales franceses más destacados y en donde ocupó, hasta su fallecimiento ocurrido en Agosto de 1990, el sillón número 36. Sus destacadas obras acerca de las antiguas civilizaciones y culturas mesoamericanas han tenido especial importancia para la antropología mexicana.

Su producción es considerablemente amplia y, como en el caso de otros pensadores, es difícil agotar su estudio en unas cuantas páginas. Por ello, lo pertinente es destacar aquellos aspectos que lo singularizan en el conjunto de los estudiosos de las civilizaciones y culturas mesoamericanas.

Desde 1932 realizó trabajo de campo en México, para elaborar su tesis doctoral acerca de la familia lingüística Otomí-Pame, que habría de aparecer publicada en 1937.

Dos años antes había salido a la luz pública su libro *México, tierra india*, en el que narra sus experiencias como etnólogo en un país que en la época estaba marcado por la vida rural. Vivió en varias poblaciones del Valle de Toluca para recabar los datos de su investigación y relata dos anécdotas que ilustran muy bien la mentalidad de los mestizos mexicanos pertenecientes a las clases populares: al llegar por barco a Veracruz se vió obligado a entregar una suma de dinero, a través de quien en México se conoce como *coyote*, es decir, un gestor de trámites no profesional, a ciertos funcionarios de la aduana de dicho puerto para que le permitieran ingresar algunos aparatos científicos. Su conclusión al respecto es que la actividad de ese tipo de gestores debería ser legalizada para evitar los abusos.

La otra anécdota tiene que ver con la percepción que en el medio popular se tiene respecto al trabajo etnológico. En Ixtlahuaca algunas *gentes de razón*, es decir, los mestizos del centro de la población que se sienten descendientes directos de españoles se mostraban extrañados de que un francés se interesara por los indígenas otomíes, y le recomendaban mejor quedarse entre ellas, puesto que no tenía ningún sentido estudiar a pueblos atrasados. Por supuesto, los trabajos de nuestro autor han demostrado la falacia de esas creencias.

Su participación en la vida política francesa fue muy agitada y se desempeñó en muchos cargos, incluso como gobernador de Argelia, cuando este país pertenecía a Francia como territorio de ultramar. Fue miembro de la resistencia contra la ocu-

pación alemana y en Londres se unió al general Charles de Gaulle para combatir el régimen colaboracionista con los alemanes del mariscal Pétain. Fue diputado a la Asamblea Nacional y en la década de los 60 se le acusó de haber planeado diversos atentados para asesinar a de Gaulle, cuando éste se desempeñaba como presidente de la República Francesa. Vivió el destierro y una condena a muerte, aunque posteriormente se le perdonó y regresó a su país para dedicarse fundamentalmente a la vida académica. Este es el aspecto que nos interesa en este trabajo dedicado a los pensadores destacados del siglo XX.

Su trabajo sobre los pueblos otomí —pame es una descripción sobre un conjunto de pueblos indígenas tachados, ya desde la época de los aztecas, de *primitivos, atrasados e incultos*. El trabajo de Soustelle demostró que si los pueblos otomíes viven en condiciones de pobreza y marginalidad se debía a las imposiciones de los pueblos y grupos sociales que los han explotado durante centurias; que si bien carecieron de producciones materiales de grandes dimensiones, o que si no llegaron a desarrollar la escritura, no por ello dejaron de contribuir a la generación de la cultura mesoamericana y a desarrollar una cultura particular con conocimientos en la agricultura, en la herbolaria y en la medicina tradicional.

Nuestro autor fue el primero en hacer una descripción etnográfica del pueblo mazahua y la antropóloga mexicana Arizpe¹

1 Cf. Arizpe, Lourdes: *Migración, Etnicidad y cambio económico (Un estudio sobre migrantes campesinos a la ciudad de México)* El Colegio de México. México, 1978, p. 202.

reconoce en uno de sus trabajos sobre las mujeres emigrantes de ese pueblo, que los mazahuas entraron en los anales de la antropología mexicana a partir del trabajo de Soustelle. Se trata de un trabajo contenido en más de 570 páginas —en su edición francesa— que aporta muchos datos sobre los pueblos de referencia y que contribuyó a que otros especialistas volvieran los ojos hacia los pueblos otomíes.

En su obra *Los Cuatro Soles*, Soustelle vuelve a ocuparse de los pueblos otoman-gues. En su capítulo *Tierras Frías* señala que el invierno en el norte del Valle de Toluca es particularmente interesante por el azul profundo del cielo, carente de nubes. En la sombra el aire se vuelve ligero y seco, pero es glacial, mientras que a la luz del sol, la piel se quema. La tierra sufre de los mismos fenómenos: durante el día es quemada por el sol y por las noches por las constantes heladas. En esta región siguen viviendo los otomíes y los mazahuas. Se trata de pueblos campesinos sedentarios por excelencia:

“...son especialmente los otomíes con quienes conviví durante largo tiempo, estudiando su lenguaje oscuro desde el altiplano de Toluca hasta el de Jilotepec, desde las cumbres glaciales del volcán Malinche hasta el reborde oriental de la Mesa vecina de las tierras más tibias que descienden hacia el Golfo... El otomí reina en algunas regiones, por ejemplo en Ixmiquilpan, con tal fuerza que incluso los mexicanos blancos o mestizos deben de servirse de él como *lingua franca*...”²

2 Soustelle, Jacques: *Les Quatre soleils*.

Los otomíes han sido un pueblo que vive en el altiplano mexicano antes que los aztecas. Se sabe, por excavaciones arqueológicas recientes, llevadas a cabo en la zona del Templo Mayor, en la ciudad de México, que los otomíes vivían también en el Valle de México y que nombraban a esta región Amadetzaná, que significa: *En el centro de la luna*, es decir, todo indica que los aztecas simplemente nahuatlizaron el término para nombrar su lugar de asentamiento México, de *meztli*, luna; *xico* o *xicu*, ombligo y por extensión, centro y el sufijo locativo *co*, en, por lo que el nombre de la ciudad, primero, de la región, posteriormente y luego del país, significa exactamente lo mismo que en otomí.

Como quiera, los otomíes fueron dominados desde la época de los teotihuacanos, quienes los explotaron como mano de obra para la construcción de Teotihuacan. Los Toltecas también los sometieron y también los usaron como mano de obra para construir Tula. A la desaparición de esta civilización, los aztecas les hicieron otro tanto. En realidad, es cierto que los otomíes no dejaron huellas materiales importantes, ni monumentos o estatuas; menos aún libros. No obstante, señala nuestro autor:

“...Ellos no han manifestado sino una singular aptitud para sobrevivir en tanto que etnia, con su lenguaje, al punto que incluso ahora son más de 300,000 en el corazón de la República mexicana...”

Souvenirs et réflexions d'un ethnologue au Mexique. Paris, PLON, 1967, Pp. 133-134. Tanto esta cita como las subsecuentes de la misma obra han sido traducidas por el autor de este texto.

Pero esto no significa que se trate de un pueblo sin cultura o que sus miembros sean tontos e incapaces de realizar nada. Soustelle señala que mientras realizó su primer trabajo de campo encontró individuos muy inteligentes, en particular su primer informante, de nombre Bonifacio, que fue quien le enseñó las primeras palabras de la lengua otomí.

En realidad, las condiciones de pobreza y marginalidad de los otomíes se explican por los siglos de explotación a que han sido sometidos, como antes recordamos, tanto por otros pueblos con los que han convivido en el curso de esas centurias, como después por los españoles y en nuestros días por la sociedad mestiza mexicana, pero hay que tomar en cuenta que mientras los pueblos que históricamente los dominaron han desaparecido como culturas, los pueblos otomíes y los mazahuas siguen existiendo. Se les ha mantenido en las tierras más frías y estériles del centro de México, por lo que su desconfianza no es gratuita. Desde siempre se les calificó de ebrios, consumistas, imprevisores, perezosos, nuestro autor señala que todo ello no es característico exclusivamente de los otomíes, en tanto que otros pueblos indígenas y mestizos actúan igual. En todo caso, Soustelle pudo constatar que entre los otomíes con quienes entró en contacto en varias regiones del Estado de Hidalgo, como Zimapán y Actopan, e Ixmiquilpan y El Cardonal existía una afición destacada por la creación poética otomí. Desde su punto de vista, se trata de una tradición ancestral que se ha perpetuado hasta nuestra época. Si bien se trata de poemas breves,

de dos a seis versos, que se expresan especialmente en las celebraciones familiares.

Soustelle subraya el hecho de que la mujer otomí es particularmente hábil en la creación textil, especialmente, cuando emplea el telar de cintura, con el que es capaz de realizar bellas prendas, ricamente decoradas con diseños incluso europeos. Por su parte, los hombres, al conocer el telar de pedales traído por los españoles y una vez desarrollada la cría de ovejas, se manifestaron hábiles en su manejo y comenzaron a crear prendas que hoy en día se siguen usando como parte de la indumentaria regional: los sarapes que igualmente poseen buena calidad y atractivos diseños.

Una experiencia relativamente reciente, impulsada inicialmente por el gobierno del Estado de México, ha dado la posibilidad a mujeres jóvenes de Temoaya de prepararse en la confección de tapetes realizados con técnica persa, de anudado a mano y de acceder a mejores condiciones de vida. Naturalmente, ha representado para esas mujeres un cambio de vida que no siempre ha sido positivo, en tanto que la vida asalariada las ha convertido en grandes consumidoras, en mujeres independientes que ven rotas sus relaciones familiares o en mujeres que ningún varón campesino puede pretenderlas con fines matrimoniales, por la desventaja económica en que se encuentran, pero no puede negarse que, aunque el grupo sea reducido, les ha dado mejores condiciones de vida material.

Otros grupos se han organizado en pequeñas empresas familiares y comercializan diversos productos como cárnicos y hortali-

zas. En la actualidad existen otomíes y mazahuas del Valle de Toluca que son comerciantes exitosos, algunos son profesionales normalistas y universitarios y en varios espacios culturales se alienta la producción literaria en lenguas de la región.

El nombre de Soustelle aparece asociado igualmente al estudio de los antiguos mexicanos, concretamente al de la civilización azteca, pero también a la de los olmecas y a la de los mayas. Se trata de civilizaciones desaparecidas para siempre y que constituyen capítulos culturales cerrados, sobre los que aún se realizan investigaciones en el afán de comprenderlas en sus aciertos, sus logros, sus realizaciones, pero también en sus discontinuidades y contradicciones, en tanto, que, señala nuestro autor:

“...Las civilizaciones –esas creaciones infinitamente preciosas e infinitamente frágiles de nuestra especie- monumentos que el hombre edifica sin descanso y que una ley sin piedad, hasta el presente, ha siempre destruido, se nos presentan como otro tanto de ciclos distintos, cada uno de ellos marcado por sus características particulares, cada uno tomando nacimiento en un punto del tiempo, desarrollando su carrera y destinado a un fin ineludible...”³

Soustelle mantuvo un gran interés por la civilización maya clásica. Su libro, intitulado simplemente *Los Mayas*, apareció en una bella edición, con muchas ilustraciones y fotografías en color, en 1982. En él hace una detallada descripción de las principales ciudades mayas y se presentan algunas

3 *Ibid.* Pp. 11-12.

de las grandes realizaciones de ese pueblo. Como es bien conocido, la civilización de los mayas clásicos se encontraba prácticamente desaparecida cuando los europeos llegaron a Yucatán. Subsistían, algunos grupos mayas, como pueblos dispersos vueltos a la vida aldeana.

Su historia había sido muy larga y se extendió desde el año 292, fecha grabada en la estela 29 de Tikal, la más antigua, hasta 1541, cuando los españoles se apoderaron de manera total de Yucatán. El país maya se extendía desde la zona de Yucatán y Quintana Roo, hasta la actual República de Honduras y tuvo diversos reinos y señoríos que produjeron una obra arquitectónica de gran belleza, una alfarería y estatuaria sumamente refinadas y acumularon un conocimiento de gran precisión en la cuenta del tiempo y las matemáticas. La desaparición de la cultura maya clásica es uno de los grandes enigmas de la historia mesoamericana pues existen autores que piensan que se debió a una extendida época de sequías; otros piensan que se abandonaron las ciudades por causas religiosas, y no faltan los que aseguran que las clases populares abandonaron a sus dirigentes a su suerte y éstos eran incapaces de hacer trabajos agrícolas o de caza y recolección.

En todo caso, se sabe que la civilización maya alcanzó grandes logros culturales, pero no se trataba de un pueblo pacífico dedicado exclusivamente al trabajo. Los frescos de Bonampak, así como los bajo relieves de Chichén Itzá, nos muestran, por el contrario, escenas de guerra, de cautiverio y de decapitaciones. Por motivos ideo-

lógicos, siempre se ha querido presentar a los grupos indígenas de América como pueblos pacíficos que vivían en una suerte de paraíso pacífico y aburrido, hasta que llegaron los conquistadores europeos. La realidad es que se trataba de pueblos que se enfrascaban en luchas continuas y en guerras en las que trataban de dominarse unos a otros.

No hay que olvidar, por otra parte, que los toltecas conquistaron el país maya e impusieron a sus habitantes su cultura, su religión y hasta la práctica del juego de pelota que está fundado en motivos religiosos: en él se trata de evocar el movimiento del sol. Al propio tiempo, se sabe que, desde su periodo formativo, los pueblos mayas mantenían guerras entre ellos.

El obispo Diego de Landa, recuerda nuestro autor, atribuía al dios maya y náhuatl, Kukulkan-Quetzalcoatl, la *serpiente de plumas preciosas*, la fundación de Chichén-Itzá, cuya existencia se habría extendido del siglo X al XIII y constituía una especie de renacimiento post-clásico, pero que también se encontraba ya en ruinas y cubierta por la selva a la llegada de los españoles:

“...Landa afirma que los yucatecos nobles «después de la partida de Kukulkan» se pusieron de acuerdo para confiar la soberanía a la familia Cocom. Según otras fuentes, los Cocom se habrían apoderado del poder por la fuerza utilizando los servicios de mercenarios mexicanos venidos de la costa del golfo (Tabasco). Como quiera que sea, la hegemonía de Chichén-Itzá tuvo fin a principios del siglo XIII (¿1224?), y con

él la del renacimiento yucateco...”⁴

Soustelle recuerda que varios autores han subrayado el hecho de que la dinastía de los Cocom mantenía rivalidad con la familia de los Tutul Xiu, y ello habría causado el hundimiento de la ciudad conocida con el nombre de Mayapan, *Bandera de los Mayas*. Recuperando la expresión de J. Eric Thomson, nuestro autor acepta que todo el país estaba *balcanizado*, es decir, fragmentado en un conjunto extenso de señoríos, de ciudades enemigas unas de otras, de estados en luchas perpetuas, entrando en una era de anarquía de tipo feudal y belicosa. Se considera que aproximadamente dieciséis estados entraron en guerra, algunas veces aliándose; otras traicionándose, la mayoría de las veces con rivalidades y odios interminables. Así, señala nuestro autor:

“...se puede tener por cierto que ninguna fuerza natural ha causado tantos daños, ni ha agravado tanto la degradación de la cultura autóctona que el estado de guerra endémico con su cortejo de muertos y destrucciones, la caída brutal del nivel intelectual y la intrusión cada vez mayor de invasores aventureros y mercenarios no mayas...”⁵

De esa gran civilización sólo quedaron, en la selva chiapaneca, los lacandones, descendientes directos de los mayas clásicos. Desde sus primeras visitas a tierras lacandonas, en el llamado sureste mexicano, Soustelle observó un pueblo que se mantenía fuertemente auto excluido del resto de los pueblos de la región. Su impresión

4 Soustelle, Jacques: *Les Maya*. Flammarion, París, 1982, p. 138.

5 *Ídem*. P. 209.

era que los lacandones, constituyen una sociedad muy característica si se les compara con sus vecinos indígenas de Chiapas.

Empezando porque todavía empleaban el maya clásico —aunque incapaces de leer los jeroglíficos mayas, ni de dar explicación alguna sobre su cultura— y no el dialecto tzeltal; se abstenerían de usar ropa de tipo occidental y de usar sombreros. La túnica era la indumentaria diaria para los varones; para las mujeres la falda y la blusa hechas a mano eran sus prendas de vestir, aunque en algunas regiones las mujeres también usaban la túnica. Alejados de los poblados y de las ciudades, conservaban en la época su religión politeísta y su sentido de independencia absoluta. A este respecto, señala Soustelle:

“...Lejos de aglomerarse en poblados...se dispersan al infinito en pequeños grupos autónomos que frecuentemente se fragmentan y se subdividen... De todas maneras, cuando un lacandón, por cualquier motivo que sea, no soporta más la cohabitación con sus vecinos de grupo, se va con su o sus mujeres e hijos, despeja en algún lado un rectángulo de maleza y se establece allí lejos de todo contacto y de todo malestar...”⁶

Este panorama comenzó a cambiar desde la época en que Soustelle desarrolló su trabajo de campo. Desde su punto de vista, las estructuras sociales y familiares de los lacandones ya se asemejaban en esos años a las ruinas de los monumentos mayas: ya estaban fuertemente deterioradas y era difícil reconstruirlas.

6 *Ídem*. Pp. 41-42.

En el apéndice que agregó al segundo capítulo de *Los Cuatro Soles*, cuando ya el libro había sido concluido, apuntaba que la selva lacandona era cada vez más invadida por otros grupos indígenas provenientes de la región de Ocosingo, Yajalón y Bachajón, que iban en búsqueda de tierras agrícolas. Algunos ya estaban cristianizados y otros se decían protestantes, se vestían a la occidental y usaban armas de fuego. La selva había sido devastada y los lacandones entraban cada vez más en relación con turistas extranjeros a los que vendían arcos y flechas artesanales. Otros más gustaban de portar radios de transistores, lo que era clara indicación de que en breve esa cultura tradicional desaparecería del todo. En todo caso, señalaba nuestro autor, una conclusión es inevitable: los lacandones no son *primitivos*, sino *decadentes*. Son:

“...Vestigios de una humanidad que fue capaz, durante siete siglos, de elevarse muy alto, por encima de ella misma para recaer a lo más bajo. Su historia nos muestra un caso ejemplar de esos procesos de regresión, de los que nuestros espíritus no tienen suficiente atención, obcecados como están por el mito del progreso uniforme y continuo...”⁷

Desde esta perspectiva, muchas otras civilizaciones de diversas regiones del mundo, habrían pasado por procesos semejantes: luego de crear edificios y realizaciones materiales sorprendentes que, en los primeros años del siglo XXI, nos siguen sorprendiendo, desaparecieron de manera total debido a los fenómenos de la decadencia. Se trata de un caso distinto a los de

las culturas teotihuacana y tolteca, puesto que la causa de su desaparición se debió a la llegada incesante de tribus belicosas de diversas latitudes del país, que atacaron, quemaron y saquearon las ciudades construidas por los pueblos mencionados.

Un paisaje particular nos proporciona Soustelle respecto de los pueblos nahuas habitantes de las tierras frías del altiplano mexicano. Se trataba de pueblos enfrascados igualmente en guerras interminables y querellas que, cuando Hernán Cortés pudo percibir las, facilitaron la conquista del imperio azteca. Los antiguos mexicanos y los tlaxcaltecas, particularmente, sostenían frecuentemente batallas con el fin de capturar, por los dos bandos, guerreros destinados al sacrificio por cardiectomía. Llamaban a esos combates *la guerra florida*. Este género de acciones impactó profundamente a los primeros europeos que tuvieron conocimiento de ellas, aunque apunta atinadamente nuestro autor:

“...Es comprensible el horror que experimentaron los castellanos cuando vieron en Tenochtitlan la estatua del gran dios tribal cubierta con la sangre de las víctimas, y con mayor razón cuando pudieron ver a lo lejos las cabezas de sus propios compañeros exhibidas en macabros caballetes (aunque)...los mismos castellanos encontraban absolutamente natural que Cortés hiciera colgar, mutilar o quemar vivos a españoles o indios, porque la crueldad *habitual* no choca...el ideal de los indios en la guerra —lo que se ignora con mucha frecuencia— era el de no matar a nadie...Aunque multiplicado, el sacrificio era un acto individual y no una destruc-

ción en masa: el cuchillo de pedernal sólo mataba a un hombre cada vez...”⁸

En todo caso, nos recuerda Soustelle, los sacrificios humanos no sólo han existido en el área mesoamericana o en el Perú incaico. En la religión semítica y en la griega, también las divinidades exigían víctimas humanas. En el Corán se indica que aquellos caídos en los campos de batalla irán al cielo. Pero en las tierras mesoamericanas también hubo evidencias de que existían focos de resistencia al sacrificio humano. El Rey Poeta de Texcoco, Nezahualcoyotl, se inclinaba por creer en un dios único y sin rostro. A Quetzalcoatl se le atribuía haber decretado la prohibición de realizar sacrificios humanos, para sustituirlos por animales diversos, aunque finalmente éstos prevalecieron. ¿Cómo interpretar este fenómeno?, se pregunta nuestro autor y anota:

“...Se observará en principio que la noción misma de crueldad es extremadamente variable según los lugares y las épocas...Una Enciclopedia de la crueldad humana llenaría varios volúmenes. El autor que emprendiera tal obra no tendría sino problemas para establecer la selección, en tanto que nuestros semejantes, desde la antigüedad hasta nuestra época (sin excepción) han sabido manifestar ingenio y refinamiento en la materia. El curso de la historia está marcado por masacres, suplicios, ciudades arrasadas, pueblos pasados por el filo de la espada, herejes quemados, prisioneros atormentados de cien mane-

ras...no veo quien podría presentarse sin mancha frente a un tribunal ideal de la conciencia: si no todos son igualmente culpables, tampoco hay alguno inocente...”⁹

Soustelle analizó en detalle el pensamiento religioso de los antiguos mexicanos y sus interpretaciones permiten comprender el sentido de muchos de los mitos de este pueblo. Es interesante especialmente el mito que narra el nacimiento de Huitzilopochtli, el dios de la guerra.

De acuerdo con Fray Bernardino de Sahagún, quien se ocupó en el siglo XVI de recuperar la tradición oral de los aztecas y realizó una obra descriptiva extensa y valiosa sobre la cultura material y espiritual de los antiguos mexicanos, un día Coatlicue, cuyo nombre significa *La que porta una falda de serpientes*, diosa de la Tierra, se encontraba barriendo un templo en la montaña llamada Coatepec. De repente vio caer del cielo una bola de plumas preciosas que le llamó la atención y colocó en su seno. Cuando terminó de barrer se sintió embarazada. Así concibió a Huitzilopochtli y cuando su primera hija, Coyolxauhqui, *La que tiene cascabeles en el rostro* se enteró, convocó a sus hermanos, los Centzon Huitznahua, *Los innumerables del Sur*, y les propuso matar a su madre porque consideraba un deshonor que su madre se hubiera embarazado y no se conociera al padre. Coatlicue lloraba amargamente cuando supo de las pretensiones de su hija, pero el niño que llevaba en el vientre la consolaba diciendo que no se preocupara pues él sa-

8 Soustelle, Jacques: *El Universo de los Aztecas*. FCE., 1982. Primera edición en francés: 1979

9 Soustelle, Jacques: *Les Quatre soleils* Pp. 236-237

bría qué hacer en el momento oportuno. Coyolxauhqui y sus hermanos, preparados para la guerra, comenzaron a subir lentamente a la montaña mientras un tío favorable a Huitzilopochtli le avisaba del lugar que iban ocupando los agresores. Cuando terminaron de subir y se alistaban a matar a Coatlicue, nació Huitzilopochtli armado con una espada de fuego. Decapitó a su hermana y lanzó su cuerpo a la parte baja de la montaña, en donde cayó desmembrado; prosiguiendo con su combate, hizo huir a los innumerables del Sur.

Este mito, que subraya diferencias familiares profundas, un deseo insano de hermanos que quieren matar a su madre y de paso acabar con un ser indefenso, que podría verse como un relato simplemente cruel o fantástico, tiene una significación muy diversa. Escribe nuestro autor:

“...El sentido cosmológico de la leyenda es muy claro: El sol triunfante, nacido de la tierra (Coatlicue), aniquila las tinieblas (Coyolxauhqui) y borra las estrellas: los Centzon Huitznahua son las estrellas del Sur; que hacen las veces de contrapeso de los Centzon Mimixcoa, las estrellas del Norte; pero eso no es todo. La bola de plumas que ha fecundado a Coatlicue, ¿no es acaso el alma de un guerrero sacrificado que ha descendido del cielo en esta forma, análogo a los colibríes en que reencarnan los cuauhteca? Huitzilopochtli no es solamente el sol, uno de los aspectos del sol, sino el dios tribal de la guerra y del sacrificio... El sol y el sacrificio humano están tan estrechamente asociados en el pensamiento mexicano que la salida del sol simboliza esta asociación: es el

sol como guerrero sacrificante y sacrificado... si es exacto que los mitos cosmológicos reflejan el mundo, ello sólo es indirectamente; son el reflejo de un reflejo...”¹⁰

En general, el complejo y amplio panteón azteca es analizado por Soustelle y su obra constituye una guía valiosa para adentrarnos en la mentalidad de los antiguos mexicanos. Se trata de un libro que constituye una refutación a autores como Paul Claudel, quien había escrito que las divinidades de los antiguos mexicanos eran “espantosos dioses de sangre y tinieblas”. Por el contrario, nuestro autor nos permite comprender que para los aztecas, asegurar el nacimiento diario del sol mediante la devolución del *tonalli*, la partícula que da movimiento al corazón humano, permitía la continuación de la vida y del mundo en general, y que la incorporación al panteón azteca de muchas divinidades adquiridas de las religiones de los pueblos que iban sometiendo, no carecía de sistematización y orden.

Señala Soustelle que los temas fundamentales de las civilizaciones pueden ser comparados a fin de encontrar las analogías que las aproximan o bien los contrastes que las separan. Así se puede establecer la *fisonomía* de una civilización o de una cultura, a veces difícil de evidenciar hasta en un individuo. O bien el estilo característico en la pintura o la escultura. De esta manera, el etnólogo se aproximaría al crítico de arte y se alejaría del sabio, en tanto que la tarea sería entonces apreciar las variacio-

10 *Ibid.* Pp. 112-113.

nes cualitativas que no se puede medir o no se dejan observar. Sería impropio atribuir a una civilización o a una cultura un solo rasgo definitorio.

La civilización azteca estaba marcada por el tema de la guerra sagrada, pero no era el único que tenía. Se le podría agregar, señala nuestro autor, el de la predestinación, en tanto que cada individuo tenía definida su suerte desde su nacimiento hasta su muerte. La búsqueda de prestigio social, étnico, ancestral era también algo que caracterizaba a los antiguos mexicanos cuando buscaban emparentarse con el que se atribuía a los toltecas.

Pero quizá el de la predestinación haya contado de manera fatal para los aztecas. En varios mitos, en varios relatos se pensaba que algún día, alguna época habría de llegar para ellos la destrucción y por consecuencia la desaparición.

Y en efecto, habría que reconocer que ese rasgo se expresaba en lo que se podría llamar el *síndrome de la usurpación*. En la mentalidad de los antiguos mexicanos, Quetzalcoatl, rey, dios, señor, dignatario, como quiera que se le estime, habría sido expulsado de Tula por el dios guerrero Tezcatlipoca, quien habría logrado embriagarlo y lo habría perseguido hasta la costa del Golfo de México, en donde se habría embarcado en una balsa confeccionada con serpientes, partiendo hacia el Este. Quetzalcoatl había prometido volver para recuperar su reino y ese dios blanco y bar-

bado era evocado por los conquistadores españoles. Moctezuma, el Gran Tlatoani, el soberano de los mexicanos a la llegada de los españoles, había recibido distintos presagios de la destrucción de México y observado muchos fenómenos extraños que también adelantaban la caída de su reino. Cuando fue informado de la presencia de los españoles en el Golfo de México, envió regalos a Cortés, invitándolo a que regresara a su lugar de origen y diciéndole que el camino entre el mar y México estaba lleno de peligros que no valía la pena sufrir. A la llegada de Cortés a la ciudad de México, Moctezuma lo recibió con mucha humildad y le brindó un trato pacífico, dándole la bienvenida a “su” ciudad. Siendo profundamente religioso, Moctezuma consideraba que el tiempo de la caída de México-Tenochtitlan era inevitable, pues sólo se detentaba el poder mientras la profecía de Quetzalcoatl se cumpliera.

El resultado de la conquista española fue particularmente trágica para los antiguos mexicanos: destruida su ciudad, perseguidos y asesinados sus dirigentes, abatidos sus monumentos y quemado gran número de sus códices, hoy sigue constituyendo un problema reconstruir esa civilización que dejó de existir como tal, y es muy claro que los estudios como los desarrollados por nuestro autor nos ofrecen interpretaciones que nos permiten comprender mejor a esos hombres, a esa cultura, a esa civilización desaparecida para siempre.

Bibliografía de Jacques Soustelle*

- 1935 a: *México, tierra india*. Grasset, París. Existe versión en español de SEP70's.
- 1935 b: *El totemismo de los lacandones*. En: Maya Research. Tulane University of Louisiana. Nueva Orleáns.
- 1937 a: *La familia Otomí- Pame del México Central*. Instituto de Etnología de la Universidad de París. Existe una versión en español del FCE.
- 1937 b: *La Cultura material de los lacandones*. Sociedad de los Americanistas. Paris.
- 1940: *El pensamiento cosmológico de los antiguos mexicanos*. Hermann, París.
- 1947: *En México* Hartmann, París.
- 1950: *Inversamente y contra todo. Recuerdos y documentos sobre la Francia libre*. T.1: De Londres a Argelia 1940-1942. T.2: De Argelia a París. Recuerdos y documentos sobre la Francia Libre 1942-1944. Laffont, Paris.
- 1955: *La vida cotidiana de los Aztecas*. Hachette, París. Existe versión en español del FCE. Varias ediciones.
- 1958: *Amada y sufrida Argelia*. PLON, Paris.
- 1962: *La esperanza traicionada*. PLON, París.
- 1966: *El arte del México antiguo*. Arthaud, París.
- 1967 a: *Archaeologia Mundi: México*. Ángel, Ginebra.
- 1967 b: *Los Cuatro Soles* PLON, París.
- 1968: *28 años de gaullismo*. Table Ronde, París.
- 1970: *Los Aztecas* PUF, París.
- 1979 a.: *Los Olmecas*. Arthaud, París.
- 1979 b.: *El universo de los aztecas*. Fayard, París. Existe versión en español del FCE.
- 1982: *Los Mayas*. Flammarion, París.
- 1989: *La antropología francesa y las civilizaciones autóctonas de América*. Clarendon Press, París.
- 1992 a: *Los Olmecas*. Arthaud, París.
- 1992 b: *El Arte del México antiguo*. Arthaud, París.
- 1995: *México, tierra india*. Hachette, París.
- 2002: *La vida cotidiana de los aztecas*. Hachette, París.

Resumen curricular del autor

Edgar Samuel Morales Sales

Profesor Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México. Doctor en Antropología Social y Etnolingüística por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, Francia (1983) Estudios y tesis doctoral realizados bajo la dirección de Jacques Soustelle. Investigador Nacional Nivel I del S.N.I. Perfil PROMEP.

* Se proporcionan los títulos de las obras en español, pero las primeras ediciones de ellas han sido escritas en inglés o en francés. Para artículos especializados el lector puede consultar en Internet.